



7 de enero de 2011 - ficha #59

El miedo al avance o “no tenemos derecho a dejar que se pierda lo que hemos conquistado”^{*}

Néstor Borri

0.

La urgencia del presente, las oportunidades que se viven en el país y en el continente, vuelven más evidentes las muchas inercias ideológicas y –en última instancia– prácticas que atraviesan a los actores populares en la región.

En muchos casos no se trata meramente de las intenciones o de los objetivos de los sujetos concretos, sino que la inercia se plasma como una lógica que se activa, con mucha fuerza y con una sutileza acompañada de persistencia, cada vez que las oportunidades de avance político concreto se manifiestan.

Como buen fenómeno ideológico o, mejor, como consecuencias efectivas de un efectivo triunfo cultural, estos dispositivos **se naturalizan y marcan el horizonte de lo posible**: de lo que se puede hacer, de lo que se permite decir, de lo que es factible soñar –si acaso vale la contradicción en los términos–.

La *participación*, la *incidencia*, la *sociedad civil*, el carácter y la dinámica esperable de los procesos y muchas otras dimensiones manifiestan **este límite “abortivo” donde la no-política se manifiesta, se reproduce y, finalmente, sigue al acecho**.

Los párrafos que siguen fueron escritos al concluir una actividad específica de las que se diseñan para permitir la participación en los procesos relativos a las políticas públicas. El evento concreto fue la X Cumbre Social del Mercosur, pero es muy

^{*} Lula, en su discurso de despedida de la Cumbre del Mercosur, Foz de Iguazú, diciembre de 2010

probable que sea sencillo encontrar los mismos mecanismos en conversaciones, en reuniones, en otras instancias y casi frente a cualquier ámbito donde se abra una posibilidad de avance y profundización de lo logrado por y para los sectores populares en estos años intensos, los más dinámicos probablemente de la historia reciente del continente y del país.

Lo que en este caso está orientado sobre todo al ámbito de lo que podemos llamar la sociedad civil organizada –pero, atención, también a los más “de izquierda” *movimientos sociales*– aparece también, bajo otros ropajes, en otros ámbitos, con otros lenguajes, pero manteniendo su lógica, que es una gramática y que sobre todo actúa al nivel de –impedir– determinadas consecuencias. En el mundo de la militancia partidaria o sindical, de la gestión estatal, del compromiso político de base, en la vida cotidiana, en los ámbitos de debate ciudadano y por supuesto, en ese humus general que es la opinión pública. Sentido común imperante, que como buen sentido, significa y –sobre todo– orienta. Casi siempre en la misma dirección.

Las apreciaciones, puestas en un tono a lo mejor demasiado negativo –con cierto enojo– ameritan darse vuelta como una media: formularse por el lado del entusiasmo propositivo. Quizás éste, **entusiasmo de construcción**, sea el nombre más apropiado para la mirada crítica en estos tiempos.

1.

¿Por qué “*incidir*” si podemos **decidir**?

¿Por qué “*incidir*” si podemos *gobernar*?

(Si se prefiere, reemplazar por : “si estamos gobernando”, “si gobiernan los nuestros”, “si estamos gestionando”, “si podemos gestionar”)

Dicho de otro modo: ¿Qué significa *incidir* cuando se puede decidir/hacer/gobernar?

Asumir los logros y las conquistas parece más difícil, para muchos, que la lucha misma por alcanzarlas.

2.

La apología de lo *pequeño* es una versión acobardada de la importancia, la grandeza y la masividad de lo **cercano**. La confusión entre ambas es fatal para la política y, casi siempre, una tierra fértil para una claudicación, o hasta una traición a los sectores populares.

Lo pequeño no es hermoso. Apenas es pequeño.

Es el momento para deshacernos, librarnos, de todas las estrategias de *miniaturización* de los pobres.

Localismos, micrismos, minoritarismos, ciudadanías menores, subciudadanías. No es cuestión de hacer alarde –ni bandera– de las migajas. La mesa esta servida. Y es un banquete.

El tiempo presente tiene la posibilidad –y también la exigencia– de lo grande. Grandura no sólo de los sueños, sino de las acciones, la mirada, el pensamiento. Esa es la **escala** de la responsabilidad. De la nuestra. Y también es su **actualidad**.

3.

Los procesos son lentos, hay que consultar a todos, tengamos cuidado. Fórmulas eventualmente verdaderas, quizás útiles, pero desgraciadamente casi siempre apropiadas y puestas a la mano para todos aquellos que **temen llegar a algo o temen que otros lleguen**. Tantas, tantas veces quienes dicen que el proceso es lento, o bien no quieren que se llegue o proponen o esperan que *nunca* lleguemos. No llegar es un lujo que los pobres no se pueden dar.

Miedo a lo real, acomodamiento en el no, dificultades con la responsabilidad de haber llegado y de poder y deber ir por más. Miedo **a poder**. Es también una coartada. Y probablemente sea imperdonable quedarnos en ella. Tampoco haciéndoles el juego a los que una y otra vez traen estos candados, estos techos, estos bloqueos, a las conversaciones donde se gestan los procesos de avance democrático, político, distributivo, igualitario, en los sectores populares del continente, en cualquier ámbito y escala que sea. Esta *música del no poder* tiene muchas melodías, y es insistente. Juega a aturdir como susurro permanente. Tiene el tono de la tentación de ir hacia atrás. De quedarse inmóviles.

4.

La *sociedad civil* no está fragmentada.

La sociedad civil es la fragmentación.

La sociedad civil sólo se articula a costa de *dejar de ser* sociedad civil y pasando a ser **ciudadanía politizada**, pueblo activado y en acción, democracia en proceso y estado democrático en marcha y en disputa.

En casi todos los casos, por lo menos a nivel del uso y la circulación, “sociedad civil” es la **categoría zombie**, cuerpo de un concepto clásico tomado por la teoría económica neoclásica –el núcleo de lo que a veces con cierta liviandad llamamos neoliberalismo– para decir, sin decir, *mercado*. “Sociedad civil” resulta ser entonces cetro y gesto mágico de la mentada *mano invisible*.

Sin embargo, una visión esencialista del pueblo o una modalidad normativista de la ciudadanía, no resultarán mejores a la hora de reemplazar esta noción. Hay que

crear la categoría o los significados actuales de aquellas. Nombres vivos para realidades que exigen pensamiento, no etiquetas.

5.

No sólo los gobiernos de América Latina, sino también –y cada vez más– un amplio conjunto de la población –o de los sectores populares, el pueblo, las mayorías que viven o quieren vivir de su trabajo– están por delante de las llamadas *ONG* y de *casi todo el entramado de la sociedad civil organizada*. En la democracia que se profundiza, y en los más contradictorios de los avances populares, el pueblo y sus organizaciones es “g”, y no “ng”. Es *no-no-gubernamental*. Mejor que eso: rompe esa categoría, y arma y propone nuevas distinciones.

La sociedad civil organizada, institucionalizada –también profesionalizada, financiada y rentada, reino al fin *de los expertos*– corre siempre el riesgo de convertirse no en un canal de la participación popular, sino en su pantomima y, en última instancia, en su bloqueador. Es que, si bien se ha dicho que “*la organización vence al tiempo*”, cuando el tiempo se vuelve historia, la historia vence a la organización. La historia desorganiza lo dado. Lo ya organizado. Llama a desorganizarse para ponerse en estado-de-crear-organización. La historia es puertas afuera. Y en camino, no en sillas. Mucho menos en sillones. **El camino instituyente que han emprendido muchos, tiene la tarea primigenia e des-instituir.** Aun a costa de quedar en una zona peligrosa, incierta, donde una nueva matriz organizativa no aparece con certeza.

6.

La **ideología de la incidencia** dispone una escena tal que supone y pone al pueblo fuera de la política, al tiempo que inhibe o desconoce o desprecia o impide su politización y su acción política efectiva. En todo caso, la teme, siempre. Busca, también, al **actor fuera de lo público** y de la política: por eso, cuando lo encuentra, es un actor casi siempre imbuido de una mirada micro y con una tendencia a la lógica de lo privado. Por último, tal como la misma expresión lo indica, tiene vocación incidental. Eventual y, si es posible, con carácter de curiosidad, y talante de que “*está bien alguna vez, está bien en alguna cuestión, pero que no se repita*”. Sólo un incidente y después a la normalidad.

Y el mismo incidente, la misma incidencia, resulta marcada por una *lógica de administración*: demandas puntuales, reclamo específico, vuelva otro día, llene estos papeles y dese por satisfecho.

Ni pública, ni política: a lo suyo el pobrerío, que es reclamar sin respuesta salvo excepción. Después, de regreso a lo suyo: la queja, la protesta y el sacrificio. **La gracia de la lógica de la incidencia es que, en el fondo, nos pasea sin sacarnos nunca de ahí.**

7.

La *incidencia en políticas públicas* se convierte fácilmente en una expresión amigable de la utopía de una sociedad (totalmente) *administrada*. O sea, de una sociedad sin conflicto, sin desorden. Bella y moderadamente ordenada en los *debidos* procesos de incidencia. Sociedad administrada: sociedad sin política. Sociedad sin política: dicese de aquella sociedad donde no hay parte –no hay partido– de los pobres. El pueblo resulta neutralizado en lo que tenga de popular y activado sólo como prolija y bienhabida ciudadanía. Reino de la norma. Y la cortesía.

Incidencia: jaculatoria posible de un exorcismo que está pendiente.

8.

Una cosa es la dura **periferia**, tantas veces atroz, de la exclusión y de los excluidos. Y otra muy distinta el triste **arrabal** de quienes optan por no juntarse con los muchos otros y los otros muchos. O el rincón oscuro pero cómodo al fin de quienes no están dispuestos a entrar en la batalla. (y puede decirse, en lugar de *batalla* baile, fiesta, juego, construcción, arena, historia, política)

Por un tiempo, el **encapsulamiento** propio de quienes se quedan por opción al margen de la fiesta o de la guerra, pueden disimular la diferencia entre la primera y la segunda. O la convergencia o funcionalidad de la segunda con el mantenimiento de la primera.

También el hecho de que circulan y se hacen circular recursos –financieros, simbólicos, materiales, organizativos, viajes, cócteles, hoteles– para la “incidencia”, reproduce esa inercia. Y en muchos casos desvía esfuerzos planteando una escenografía donde actores moderadamente inofensivos despliegan una pantomima de participación igualmente inocua. Si esos recursos –que en muchos casos van del norte hacia el sur, y de arriba hacia abajo en la escala social, cosa que por supuesto no es casual, sino más bien sintomática– no estuvieran, probablemente esta coartada del “incidir” quedaría más rápidamente al descubierto. Y más de un “representante de la sociedad civil”, quedaría a la luz como cortesano de ocasión.

9.

Los pobres –bien visto, inclusive, su dios, llegado el caso– de este lado del mundo, en esta nuestra tradición, tienen manifiestas dificultades con los *tibios*; abierta discrepancia –cuando no aversión– por *los puros y fariseos* y abandonan a los *prudentes* –no los abandonan, simplemente los dejan atrás– **cuando sienten el perfume del tiempo de su libertad**. Aunque el aroma sea apenas el de un *mero* alivio.

Así sucede, antes o después, de modo más evidente o en un proceso sutil pero contundente: siempre. Avanzan cuando toca avanzar. La misma ausencia de prisa zozona es la contratara de su contundencia y la urgencia en el avance.

10.

El pueblo no se regocija en *meros procesos*. Busca, espera y hace **resultados**. Esa es su exigencia y su apuesta. Tienen que sacar a sus pibes adelante: saben que para eso no tienen muchas vueltas, ni retóricas ni modélicas, ni certeras, ni procedimentales, ni de ninguna otra clase. En los buenos tiempos, esquiva a los confundidores con la misma prestancia con que arrastra o acompaña o recata a los confundidos. Invita a no confundir la complejidad inevitable con la complicación innecesaria. En esos momentos no le propone un escondite a la desigualdad en la diversidad amanerada: más bien se encuentra con el desafío de la acción en unidad partiendo de la fragmentación. Y con mil aristas avanza, si hace falta, sólo si hace falta, con rodeos, pero juega fuerte. Porque tiene raigambre y origen, suele diferenciar la línea de un techo de la propuesta de un horizonte.

Diferencia la prolija "*realidad*" fruto de medidos y comedidos análisis, de *lo real* siempre desprolijo, siempre hermoso, crudo, urgente y, aún en lo doloroso, siempre alegre porque atisba felicidad, que es otro nombre de lo real. O vida. O historia.

11.

Batalla y fiesta están en curso. La historia, invitadora y sagaz, toca generosa a la puerta de todos.

No es tiempo *de apoyo crítico*. ¿Por el contrario? es **un tiempo en que es crítico apoyar**. La distancia crítica es la de un **involucramiento valiente**.

Valen todos los mapas, aunque bueno es saber que no todos llevan a puerto. Y sobre todo que la caminata es lo que cuenta. La andadura es la que orienta.

12.

Al final del camino, habrá que evaluar en lo cierto de lo andado. No en los análisis, sino en las decisiones. No en los procesos sino en las acciones. En los resultados medidos en carne y vida, en felicidad urgente y en menos-miedo contante y sonante. Jugar, batallar y bailar, suenan como los verbos del momento. Se conjugan en presente. Y en urgente.